

Mendieta con buenos fundamentos se creé, que él haya sido el autor del anónimo que publicó en 1649 el Br. Lazo de la Vega. El principal argumento pues de los impugnadores del milagro, se apoya en el testimonio de Bustamante y Enriquez. Extraño es, sin embargo, que aquellos historiadores no hayan sido tan explícitos como pudieron serlo. Lo importante es llegar á explicarse porque callaron éstos, dudó Enriquez y negó Bustamante, y fijar el valor que puedan tener para destruir ó minorar la fuerza de las pruebas históricas del suceso, el silencio de los unos, y la duda y negación de los otros.

XV.

LOS historiadores franciscanos que sobre los sucesos de Nueva España escribieron en el siglo XVI, no ignoraban ni pudieron ignorar la devoción que los mexicanos tenían á la Virgen Santísima de Guadalupe, el templo que al pie del Tepeyac le habían erigido, y sobre todo, el motivo porque tal devoción la profesaban. Así lo prueban con toda evidencia, las palabras mismas de Sahagún y Torquemada, el hecho de que los religiosos franciscanos organizaron el año de 1546 la procesión de niños y de niñas indios á Guadalupe para im-

plorar la cesación de la peste que por entonces assolaba á la raza indígena, y sobre todo, la rotunda negación del milagro por su provincial el P. Bustamante, pues éste no podía negar lo que ignoraba. Sabiendo que por creerla aparecida y milagrosamente pintada, era tan venerada y tan especialmente invocada la Santísima Virgen de Guadalupe, natural y lógico era, que los historiadores franciscanos de aquel siglo, creyendo en el milagro lo hubiesen divulgado y glorificado, y teniéndolo por falso lo hubiesen combatido; pero es singular y anómalo, el que hayan callado. La impugnación ó la propugnación hubieran sido igualmente naturales; pero el silencio sólo es explicable, por la intervención de algún motivo tan poderoso como extraordinario. ¿Será indiscreto conjeturar que motivo tuvieron para callar?

El primer siglo de la dominación española en México, estuvo llena de sangre y de piedades, de luces y de sombras. Pasando por el horripilante vestíbulo de la conquista que chorreaba lagrimas y sangre, en aquel siglo en que se cavan los cimientos del orden social y religioso de una nueva civilización en México, se miran aunque separados marchar á un mismo tiempo, al lado del santo misionero mitad ángel y mitad mártir, al ensangrentado conquistador y al brutal encomendero: al lado de

los obispos desobedecidos y calumniados, oidores revoltosos é intrigantes y vireyes insolentes y agresores. Grandiosas hasta la sublimidad y conmovedoras hasta las lagrimas, fueron las luchas y fatigas de los obispos de México en aquel siglo, para hacer surgir la luz de aquel caos de tinieblas y hacer brillar la justicia entre sombras tan densas de iniquidades.

Los trabajos apostólicos de las ordenes religiosas en aquellos tiempos, fueron una de las más bellas páginas de sus crónicas de sabiduría, de celo santo y de caridad llevada hasta el martirio. En verdad y en justicia, la historia del primer siglo del vireynato español en México, no es más que la historia de las ordenes religiosas que evangelizaron estas vastísimas y entonces pobladas regiones. Prodigios hicieron, especialmente los Jesuitas y antes que ellos los Franciscanos. Alumbrar con las irradiaciones de la fe cristiana millones de almas: enseñar á los indios dispersos y aterrados todas las artes y ocupaciones de la civilización europea: cambiar por otras su lengua, sus instituciones y costumbres: socorrerlos en sus hambres y pestes espantosas: ampararlos, interponiendo su humilde y poco respetado sayal, entre ellos y la espada del conquistador ó el látigo del encomendero: éstos eran los incesantes y santos trabajos de los misioneros.

Los indios que veían en ellos el amor y el bien, la verdad y la justicia, á ellos tan solo amaban y obedecían. Por muchos años no reconocieron otro soberano en lo temporal y espiritual, que el humilde misionero que comprendiendo y compartiendo sus numerosos infortunios, los amparaba y socorría. Como todo lo humano es por su propia naturaleza tan quebradizo y corruptible, esta misma caridad de los misioneros hácia los indios víctimas de tan increíbles iniquidades, y gratitud de tantos infelices hácia sus abnegados protectores, hizo surgir uno de los más graves conflictos de aquella época, tan congojosa para la Iglesia como para el Estado. Al establecerse en México la gerarquía eclesiástica, no había medio humano de hacerles comprender á los indios, que por obedecer al Obispo tenían que renunciar hasta á los misioneros mismos que les habían inculcado en la fe, y que el reinado de la verdadera caridad se funda en la obediencia gerárquica, base inamovible de todo orden.

Lo que no pudieron alcanzar los esfuerzos humanos, la Virgen Santísima al aparecerse entre nosotros, lo realizó al instante por un prodigio de su amor y de su poder. Ella atrajo á los indios con dulcísima ternura y les dió un rayo de luz para que en el sucesor de los apóstoles, reconociesen al delegado de su Hijo Sa-

rosanto. Se hizo, por decirlo así, tan Excelsa Señora, la medianera entre el pastor y el rebaño y al caer á sus plantas el indio y el Obispo, los hijos reconocieron á su padre, y el prodigioso é inmutable orden de la gerarquía cristiana surgió en la naciente Iglesia Mexicana. La obediencia de su corazón y el obolo de sus limosnas, lo depositaron desde entónces los indios á las plantas de la Virgen Santísima, y al ir á recogerlas allí el Obispo, vió que á la par se inclinaban para recibir su bendición de prelado, el indio y el blanco, el misionero y el neófito.

Hombres y no ángeles son todos los hombres, y basta un momento para romper los invisibles hilos de la santa disciplina. ¿Aquellos tan santos religiosos, movidos de un celo indiscreto tuvieron como dolor de poner en manos de los obispos, la mies por ellos plantada y regada con su sudor y su sangre? ¿Llegaron en su indiscreción á pedir el amparo de la autoridad civil, para resistir el suave yugo de su legítimo prelado espiritual? Para dejar sin su providencial amparo la autoridad episcopal, en un momento de extravío un provincial negó desde el púlpito el milagro de la Aparición? ¿Habiendo negado el provincial, los cronistas de la órden cuyas obras tenían que ser revisadas

por el capítulo de su comunidad, no encontraron más prudente camino que callar?

Si hubiera habido en aquellos tiempos una situación excepcional y un motivo extraordinario, quedarían explicados á la vez el silencio de los cronistas, la negación del P. Bustamante y las ignorancias del Virey Enriquez.

XVI.

COMPRENDIENDO los impugnadores del milagro, que el argumento derivado del silencio de los historiadores franciscanos del siglo XVI aun cuando esto no tuviera explicación, estaría contrareestado por innumerables pruebas no solo de otra orden sino también del histórico, y sería en sí mismo considerado, muy débil como lo es todo argumento simplemente negativo, su principal objeción la hacen estribar en la negación del P. Bustamante y en la ignorancia del Virey Enriquez. Esta es la sola objeción puesta á la verdad del suceso y la cual formulada por Muñoz han reproducido todos los impugnadores posteriores. Necesario es contestarla una vez por todas, porque en realidad es el único argumento positivo y concreto, de cuantos han querido negar ó poner en duda la Aparición y pintura mila-

grosa de la Virgen Santísima de Guadalupe.

Es singular, ó más bien dicho providencial, que los dos únicos testimonios que en el curso de más de tres siglos hayan querido aducirse contra el milagro, sean no sólo discordantes sino verdaderamente contradictorios. ¿Cómo podía Enriquez ignorar en el año de 1575 lo que Bustamante negaba en el de 1556? Si la aseveración de Bustamante era cierta, la ignorancia de Enriquez era una falsedad; y si la ignorancia de Enriquez era una sinceridad, la negación de Bustamante era una impostura. Si á través de los siglos pudieran ser careados, jurídicamente carecerían de todo valor los dichos de ambos testigos.

Felizmente, si algunos historiadores callaron, si Bustamante negó y dudó Enriquez, otros historiadores hablaron y otros testigos afirmaron. En el mismo año en que negó Bustamante, afirmaron los varios testigos que declararon en el proceso que se le inició; y á fines del mismo siglo XVI en que dudó Enriquez ó principios del siglo XVII, escribieron Bernal Diaz del Castillo, Juan de Peralta, Fray Alonso de San Juan y Fray Antonio de Cibdad-Real, Fray Martín de León, Mateo Alemán y Fray Luis de Cisneros. La negación de Bustamante y duda de Enriquez quedan anonadadas, si con testimonios irrefragables de historiadores de

X/página 53. Véase la última línea q/ dice el año 1676

la misma época se demuestra, que pocos años después de la conquista, la Virgen Santísima bajo su advocación de Santa María de Guadalupe era ya singularmente venerada en México como milagrosa y por los milagros que obraba, que por esta devoción se le erigieron templos y acudía á implorarla toda la tierra, que esta devoción estaba autorizada por el ejemplo de las personas más eminentes y caracterizadas, y que finalmente á más de milagrosa se le tenía por aparecida.

Todos estos hechos, están históricamente comprobados.

XVII.

AUNQUE no lo más breve será lo más claro, transcribir literalmente los pasajes de los escritores, que al referirlos, los atestiguan.

Bernal Diaz del Castillo, que salió de México para Guatemala en 1540 y concluyó su «Historia de la Conquista» en 1568, dice en el capítulo CL de ella: «Mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que fuese por tierra á poner cerco á otra calzada que va desde México á un pueblo que se dice Tepeaquilla, á donde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables mila-

gros.» Y en el capítulo 210 en el cual habla de los provechos que se siguieron de las hazañas de los conquistadores, agrega: «Y miren los lectores la santa Casa de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla; y miren los santos milagros que ha hecho y hace cada día.» El testimonio de Bernal Diaz, es como suyo, firme y sencillo.

Juan Suárez de Peralta que bajo el título de «Sucesos de Nueva España» escribió á fines del siglo XVI y cuya obra no se había publicado sino hasta el año de 1877 en que se mandó imprimir por orden del Ministerio de Fomento de España, dice en el capítulo XLI de su historia, hablando precisamente de la llegada á México, del mismo Virey D. Martín Enriquez, el que parecía ignorar el origen de la devoción á la Virgen Santísima de Guadalupe en la carta que en 1575 escribió á D. Felipe II:

«Llegó el Virey á Nuestra Señora de Guadalupe de México»—«A cada pueblo que llegaba le hacían muchos recibimientos, como se suele hacer á todos los vireyes que á la tierra vienen y así llegó á Nuestra Señora de Guadalupe, que es una ymagen devotísima qu' está de México como dos lehuechuelas la qual ha hecho muchos milagros, aparecióse entre unos riscos y á esta devoción acude toda la tierra.»

El testimonio de Suárez de Peralta contemporáneo de Enriquez y rendido precisamente al historiar la llegada de éste al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, hace pedazos la carta del Virey y por completo disipa las dudas que en ella se contienen.

Fray Alonso de Ponce vino á Nueva España en el año de 1584 con el carácter de Comisario General de los franciscanos, y Fray Alonso de San Juan y Fray Antonio de Cibdad-Real que lo acompañaban escribieron la relación de este viaje, la cual había quedado inédita, hasta que el año de 1873 fué publicada en Madrid por la imprenta de la Viuda de Calero, con el título de «Viajes del P. Ponce.» Los autores de esta obra dicen como se lee en la página 180 del Tomo 1.º —«Estando el Padre Comisario General en este convento de San Francisco de México, como queda dicho, entro en aquella Cibdad el Virey y su mujer y su hija, y se les hizo solemnísimos recibimiento. . . . de todo lo cual no se dirá otra cosa, más de cuando llegó á Nuestra Señora de Guadalupe. . . . Allí en Guadalupe dicen que tuvo el Virey sus dares y tomares con el Arzobispo. . . .» Por este testimonio consta que el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe era la habitual y última estación de los vireyes que venían á encargarse del Gobierno de Nueva España, y no es

creíble fuese ignorado, Santuario de tanta devoción, ni tan dudoso su origen como lo suponía la carta del virey Enriquez, escrita tan solo diez años antes, de la fecha á que este pasaje se refiere.

A fines del siglo XVI era tan concurrido y venerado el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que Fray Martín de León en la obra que escribió por entonces y se publicó en México el año de 1611 con el título de «Camino del Cielo, para advertir á los eclesiásticos de la necesidad que había de vigilar á los indios en sus prácticas de piedad, dice á la página 96:....» en la ciudad de México en el cerro donde está Nuestra Señora de Guadalupe adoran (los indios) á un ídolo de una diosa que llamaban Tonantzin, que es nuestra madre, y este mismo nombre dan á Nuestra Señora.... y muchos de ellos lo entienden por lo antiguo y no por lo moderno de agora.» Estas palabras explican otro pasaje semejante de la Historia del P. Sahagún, prueban lo conocido y concurrido que era ya el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y como ellas mismas lo expresan, separan y distinguen, lo antiguo de lo moderno de entonces.

La devoción que se le tenía á la Santísima Virgen bajo su advocación de Guadalupe era en calidad de especial, y su santa Imagen se

tenía por milagrosa no solo por los indios sino por los varones más eminentes y autorizados de aquella época. Mateo Alemán en la biografía que con el nombre de «Sucesos de Frai García Gerra Arzobispo de Mexico» publicó en 1613 dice: »Llegó á México la nueva que ya su Excelencia (el Virey) se abía hecho á la vela con la flota de Castilla, estando su Señoría (el Arzobispo) en Atlacuihuaya (Tacubaya); i en el punto mado poner su carroça i entrando en ella cò el padre presentado frai Antonio de Olea confesor suyo; á todo paso se hiço llevar á Guadalupe; donde postrado en el suelo, ante aquella milagrosa i devotísima ymagen de Nuestra Señora, sus ojos hechos fuentes de lágrimas le pidió con ellas i cò çolçoços del alma, intercediese ante la Divina magestad, su precioso hijo, le comunicase su espíritu para que siempre açertase á servirle, gobernando á su pueblo en paz y justicia.» Las palabras de Alemán y el pasaje en sí mismos, demuestran que el Arzobispo D. Fray García Guerra sí creía el milagro tal cual hoy es creído.

Y la misma creencia y devoción había desde que se verificó el portento diez años después de la conquista, como lo atestigua Fray Luis de Cisneros en su historia de Nuestra Señora de los Remedios, impresa en México el año de 1621, pues á la página 30 dice: «El más anti-

guo (de los santuarios) es el de Guadalupe que está una legua de esta ciudad á la parte del Norte, que es una Imagen de gran devoción y concurso, casi desde que se ganó la tierra y hace muchos milagros, á quien van haciendo una insigne Iglesia que por orden y cuidado del Arzobispo está en muy buen punto.» Casi desde que se ganó la tierra dice, y en efecto, en 1521 fué la conquista y el milagro se verificó en 1531.

Los anteriores textos literalmente transcritos, y de los cuales algunos hasta hace poco no eran conocidos por haberse agotado las ediciones ó por haber permanecido inéditas las obras á que respectivamente pertenecen, han sido todos confrontados por el erudito Sr. Presbítero D. Vicente Andrade con los ejemplares de su biblioteca, que en historia de México es la mejor del país. El Sr. Andrade tiene la certeza de que en la biblioteca del Vaticano hay documentos del Sr. Zumárraga, los cuales muy bien pudieran referirse al suceso de la Aparición. Es probable que también haya documentos del primer obispo de México, en el archivo de Indias en Sevilla, y en el de San Lorenzo del Escorial de los obispos que lo sucedieron desde mediados del siglo XVI y bajo el reinado de Felipe II. Mandando buscar y trasladar esos documentos, las autoridades eclesiásticas

de la Iglesia Mexicana regocijarían mucho á á la piedad de sus fieles.

Los testimonios aducidos, no sólo aumentan el vasto archivo de las pruebas históricas del milagro, sino que directamente contradicen, por ser con pocos años de diferencia coetaneos, la negación violenta é infundada del P. Bustamante, el silencio no absoluto sino relativo de algunos de los cronistas franciscanos, y la ignorancia ó dudas, voluntarias y poco sinceras, del Virey Enriquez. Los testimonios aducidos prueban que á raíz de la conquista, la Santísima Virgen de Guadalupe era venerada é invocada por toda la tierra, como milagrosa y aparecida. Por más que algunos sabios quieran torcer sus palabras y su sentido, esos textos en su conjunto y concordancia sustancial, en cualquier ánimo imparcial y sensato dejan la persuasión íntima, de que el siglo XVI creía el milagro de la Santísima Virgen de Guadalupe tan íntegra y firmemente, como nuestro siglo XIX.

La piedad especialísima, la singular devoción á la Santísima Virgen de Guadalupe del siglo XVI, sólo es explicable por su creencia en el milagro. No hay efecto sin causa, y la causa debe ser proporcionada y correlativa al efecto.

XVIII.

EL silencio, las dudas y negación del milagro á mediados del siglo XVI, no deben ser un motivo de escándalo para las almas piadosas. Ninguna verdad ha habido en el mundo que no haya sido impugnada, es decir, no vencida sino combatida. Con el milagro de la Aparición y portentosa pintura de la Virgen Santísima de Guadalupe pasó en México y en el siglo XVI, lo mismo que en nuestro siglo y en Francia está pasando con la Aparición milagrosa de Nuestra Señora de Lourdes. Si algún hecho de la historia contemporánea es evidente, sin duda que ninguno lo es más que ese portento de misericordia, y sin embargo, en Francia, en Lourdes mismo, unos callan y otros niegan, aunque muchos creen. Tal fué siempre la triste condición de la decaída naturaleza humana: la verdad es una y para alcanzarla fué criada la humana inteligencia, y sin embargo, no puede asirla hasta hacerla suya sin la moción de la gracia. ¿Porqué siendo la verdad una, cuando algunos creen, los otros dudan ó niegan? Este es el inexcrutable secreto de la gracia y misericordia divinas! La fé es la esencia íntima y la fórmula postrera de

la sabiduría. Con razón el Apóstol exclamaba «Aauge nobis fidem Domine.» En verdad que basta un grano de ella para trasladar montañas.

XIX.

NO fué absoluto el silencio de los cronistas franciscanos, sino relativo: fué vacilante la aparente duda del Virey Enriquez cuya carta obra disgregada de sus antecedentes; y la negación del P. Bustamante fué temeraria y casi inconsciente. Las discenciones eclesiásticas que affigieron á la Iglesia Mexicana durante el siglo XVI bastarían á explicarlo todo, y aun sin esa explicación, los documentos contrarios de la misma época lo dejarían sin valor probatorio alguno. Desbaratada la objeción única que se ha querido oponer á la verdad del suceso, quedan en toda su fuerza los primitivos documentos en los cuales éste se funda, y en todo su vigor por tanto, la prueba histórica de la Aparición y milagrosa pintura de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Reasumiendo la prueba histórica se hace más perceptible y convincente. Existieron documentos auténticos, es decir, relaciones autorizadas del suceso. Por parte tanto de la raza española como azteca, se informó el suceso en